



LA BOTICA

Décimo Aniversario

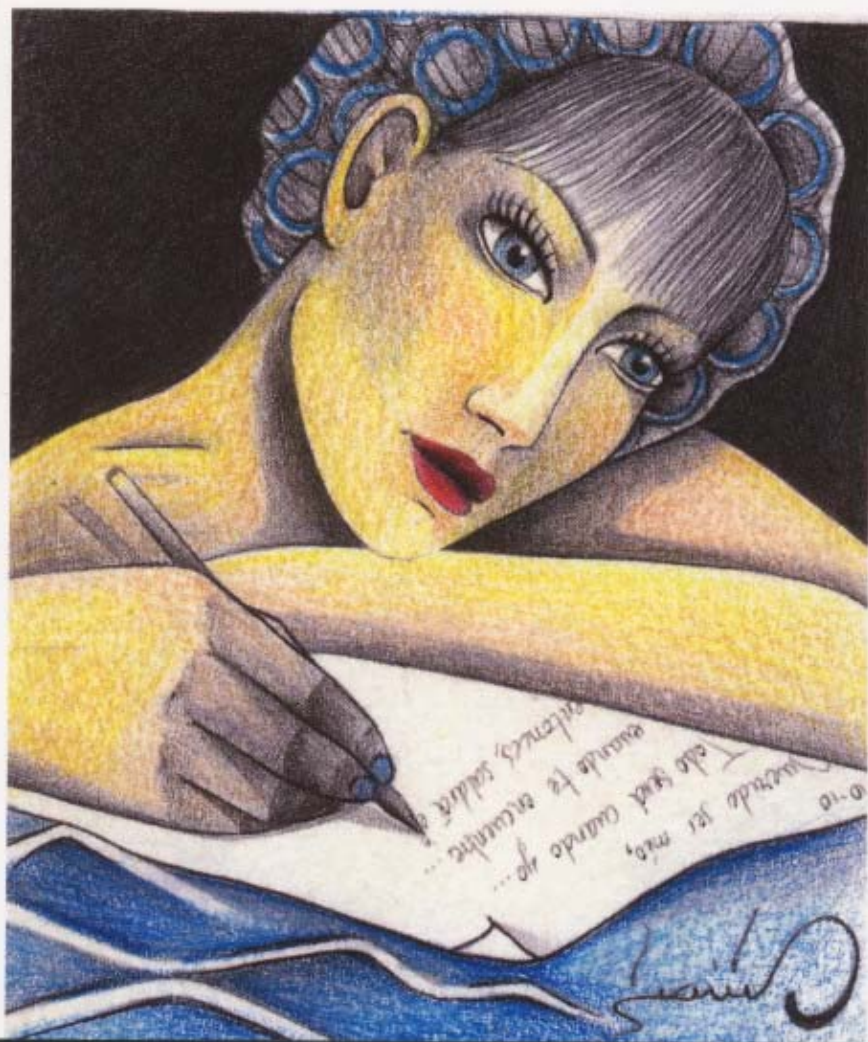
Literatura Aldizkaria / Revista Literaria

16 zka Vitoria-Gasteiz, 2010ko abendua / Nº 16 Vitoria-Gasteiz, diciembre 2010

Doako alea / Ejemplar gratuito.

www.galeon.com/la-botica

3.500 ale / 3.500 ejemplares.





ÍNDICE

<i>Portada</i>	<i>Samara Hoad</i>
<i>Contraportada</i>	<i>Garazi Bravo</i>
<i>Bota interna</i>	<i>Lorena Sevillano Salaberria</i>
<i>Monográfico interior fotografías</i>	<i>Ainhoa Burgera</i>
<i>Editorial</i>	3
<i>Luis García Angulo</i>	4
<i>Manuel García Centeno</i>	5
<i>Garazi Aguirre</i>	6
<i>Pedro Tellería</i>	8
<i>Emi Caro</i>	13
<i>Mikel Dorna</i>	18
<i>Bienvenida San José</i>	21
<i>Jorge Girbau Bustos</i>	22
<i>Amaia García de Olano</i>	26
<i>Mª Asunción San Miguel Arteaga</i>	27
<i>Virginia Gómez Álvarez</i>	30
<i>Oskar Blanco</i>	32
<i>Elena Ortiz Múñiz</i>	34
<i>Óscar Luis Nogal</i>	36
<i>Marian Utrera</i>	39
<i>Rafael Moriel</i>	40
<i>Maite García de Vicuña</i>	44
<i>Mari Carmen Cebellán</i>	47
<i>J.M. Allives</i>	48
<i>Dori Del Mazo</i>	50
<i>Blanca Uriarte</i>	52
<i>Fátima Hernández</i>	53
<i>Itxaso Corrales</i>	54
<i>José Luis Guillerna</i>	55
<i>Blanca Ríos</i>	56
<i>Nerea Gallastegi</i>	58
<i>Juana Carmen Gómez</i>	59
<i>Isabel Mellén</i>	60

EDITORIAL

COMPRESIÓN

Diálogo extraído de «El rostro impenetrable,
de Marlon Brando».

—Luisa, ¿es verdad que te fuiste con él?
Luisa asiente con la cabeza.
—¿Por qué Luisa, por qué lo hiciste?
Silencio.
—Por que creí que me quería... y era mentira.

CLÍMAX.

«La Botica», revista literaria»
**Dirección, redacción, composición, maquetación, distribución
y página web:**
Rafael Moriel, Jorge Girbau Bustos.

Monográfico interior:

«Recital conmemorativo décimo aniversario, revista literaria La Botica».

Depósito legal: VI-38-02 • Tirada: 3.500 ejemplares.

Enviad vuestras colaboraciones en texto y disquette al **apartado de correos 511 de Vitoria-Gasteiz**, o bien, por correo electrónico. Números atrasados, descargar de la web.

«La Botica» no se hace responsable de los contenidos que los autores tratan en sus textos.

e-mail: estoyenlabotica@yahoo.es
página web: www.galeon.com/la-botica

«La Botica», revista literaria, Vitoria-Gasteiz, diciembre 2010

Si decides deshacerte de tu ejemplar de «La Botica», utiliza los contenedores de reciclado para el papel. El mundo entero lo agradecerá.

Quienes estén interesados en participar en recitales literarios y otras actividades organizadas por «La Botica», que nos lo hagan saber; vía carta, vía e-mail.

ONOMÁSTICA

LUIS GARCÍA ANGULO

Es el primer día de clase en un colegio de primaria:

La «seño» coloca a los niños en círculo, y se presenta. A continuación tienen que decir todos sus nombres. Comienza por el de su derecha:

- Jonathan.
- Jessica.
- Michael.
- John Gabriel.
- Vanessa.
- Sarai.
- Alain.
- Jennifer.
- Yeray.
- Obdulio...

La clase estalla en risas. La «seño» trata de apaciguarlos, en vano. El pobre Obdulio parece a punto de llorar y Vanessa le dice, asombrada:

—¡Ay, Obdulio! ¿No te podían haber puesto un nombre normal?

LOS VELATORIOS

MANUEL GARCÍA CENTENO

Los velatorios y los entierros se han comercializado.

Quedan fríos y distantes. Ya no se va a los velatorios como antes, y además se llora menos. El velatorio ha perdido su intimidad más entrañable. Ahora, por ejemplo, el café se obtiene de una máquina. Antes te lo daba algún doliente en mano y con lagrimas en los ojos.

Los familiares, amigos y vecinos tenían más intimidad. Ahora la gente va al velatorio en el tanatorio, saludan y se van, se dejan ver. Antes se quedaban horas y horas hablando, consolando a los deudos. En la fría y solitaria madrugada se quedan sólo los más allegados, el resto se iban a dormir a sus casas. Ahora da pena morir con tanta frialdad. Empezó en las capitales, en grandes ciudades y ya va imparable ocupando cada pueblo. En la entrada de muchas poblaciones hay un edificio con verja y amplio patio donde se despiende a los fallecidos.

Sin calor de hogar, sin olor a café. Antaño, en los pueblos, los dolientes y amigos llevaban el ataúd a hombros; el merecido homenaje y último sacrificio de amor al difunto.

Ahora te llevan en un auto de lujo; la única ventaja que tiene, es que no tienes que pagar.

Cada vez es más fría la muerte.

ES POSIBLE

GARAZI AGUIRRE

Es posible que ese pueblo

*al que vas dando saltos de alegría
para cambiar tu cántaro de leche
por una docena de huevos...
ni siquiera exista.*

Pero hay algo que sí que existe,
como en todos los cuentos acecha...
el lobo.

*el lobo te mira siempre a tus espaldas,
y tú sabes que está ahí.
Pero lo que tú no sabes,
lo que aún no has comprendido
es que sólo con tenerle miedo
lo llamas.*

*Es que sólo con mirar atrás
haces que te ataque, y te muerda.*

Si sueñas demasiado y tropiezas,
y el cántaro cae al suelo...
él te encontrará.

*Si intentas coger el camino más corto
él se lo sabrá mejor que tú.
Si te quedas quieta, para que no te mire,
sencillamente te devorará.*

El lobo es parte de ti.
Es parte de tu camino.
Cuanto más piensas en él,

*más le temes.
Cuanto más le temes, más hablas de él.
Cuanto más hablas de él, más nombres le pones.
Cuantos más nombres le pones
más lo nombras.
Y cuanto más lo nombras...
más grande lo harás.
Pero... si piensas en él
y no lo dices, y no lo hablas,
y no lo sacudes de ti,
y lo haces grande y enorme
nombrándolo en silencio...
Entonces te atacará en sueños,
y en ese caso sí que nadie,
absolutamente nadie, podrá ayudarte.*

*Ese pueblo al que acudes...
es incierto.
Esos sueños que tienes...
son inciertos.
Pero lo incierto es,
en verdad,
lo único que le da sentido
a seguir andando, con tu cántaro en la mano.*

*Camina, lecherita
con tu capucha roja,
y aprende de tus lobos
a defenderte sola.
Camina, niña dulce,
hacia tus objetivos,
y sean cuales sean,
no te salgas del camino.*

TERCERA TIRADA

PEDRO TELLERÍA

I
Nada será como antes
me dices.

Y yo me pregunto
qué tuvimos entonces.

Algunas palabras.
Rincones mohosos.
Paseos por al vieja muralla.

Mirabas balcones. Arruinadas
fachadas. Un callejón.
Yo ponía nombre a las cosas
con un color en la mente.

A veces cogías mi brazo
y apuntabas al cielo.
Un destello. Un pájaro.
Las nubes.

Y yo me pregunto
qué tuvimos entonces.

II

Cuando pasen los años

nada tendremos.

*Si un cielo de invierno nos mira
nada veremos.*

*Cuando pasen los años
nada sabremos.*

*Si estás en mi casa pequeña
nada diremos.*

*Cuando pasee los días
nada seremos.*

*Cuando mires el tiempo entregado
y pidas un vaso y un plato
sonará en la memoria este canto.*

*Cuando pasen los años
nada podremos.*

*Cuando mires mis ojos cansados
y la vida estriada que tengo
un silencio de hielo
en tus manos amigas.*

III

Recuerda el silencio

cuando nadie hablaba de nada.

**Salir a la calle y sentir
soledad en la acera.**

**Sentarse en un banco y comprar
billetes de tren.**

**Fugarse a los campos y ser
fantasma en la noche.**

**Recuerda que a veces
los ojos quemaban**

**Y la cama después
el llanto calmaba.**



*Jorge Girbau Bustos y Rafael Moriel, responsables de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

IV

Tuvimos de frente

*la vieja muralla
y cuestras mojadas*

donde rodar abrazados.

Tuvimos a punto
*una forma de hablar
de lo nuestro y cambiar*

donde fuera posible.

Andar con el arma
*cargada por dentro
en calles torcidas*

donde abrir otra vida.

La piedra acogía
*la sombra y tus ojos
buscaban los míos*

donde la noche termina.

Hablamos despacio
*del brazo cogidos
mas qué secreto escondimos*

donde el día comienza.

V

Entera nos queda

*una bombilla apagada
en mitad de la noche.*

Entera nos queda
*la mañana que viene
a enterrar nuestros huesos.*

**Somos dos hombres sentados
mirando su sombra.**

**Somos dos hombres cansados
que queman recuerdos.**



*Los libros publicados de autores compartidos se amontonan.
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

Me presento:

Podría haberme llamado de cualquier manera, pero por alguna causa, mi nombre es Emilia. Mi padrino y tío del alma quiso coronarme de por vida con un nombre tan redondo.

Si pienso en mi nombre, me recuerda a una señora entradita en kilos, y ¿por qué no?, con gafas. Cuando sea mayor me haré llamar Señora Emilia, como la madre de un amigo, muy elegante y respetada.

Siempre me sentí a gusto con mi nombre, por eso nunca me preocupé de su procedencia o significado. Para los profesores fui Emilia, para mi familia y amigos siempre Emi. ¿Cómo podría llamarme si no? Si tuviese otro nombre, ya no sería yo. Me gusta cómo suena, alegre y divertido.

Un día en el autobús, escuché a dos morenitas hablando de su cuñada Gilda. me fascinó la forma en que lo pronunciaban y me imaginé llamándome así. ¡Gilda suena a una dulce cancioncilla!

Gilda, mujer fatal con enormes caderas, vestido hasta la rodilla y unos voluptuosos pechos apretados en un generoso escote, envidia de todas las muchachas de mi barrio. Pelo rubio ceniza y bella al igual que la amada Gilda ¡Divino nombre!

O bien Gilda acompañada de un vermouth rojo con gas, un domingo en compañía de los amigos ¡Tan verde, tan picante y tan sabrosa!

La Gilda del autobús, no era picante ni famosa. Se trataba de una mamá pequeñita y con el pelo recogido en un moño, pendiente de sus hijitos y muy querida y respetada por todos.

Buena gente de verdad y privilegiada por tener un nombre tan especial, pero si me dan a elegir o me piden que lo cambie por el mío, mi respuesta será: «me llamo Emi», me quedo como estoy.

Vida Mía

Cuando pienso en ti, las palabras fluyen en mi pensamiento y emanan cómo el agua cristalina, bajando fría y clara por el arroyo sereno. Cuando recuerdo y miro hacia atrás, veo pasar el tiempo y me emociono y percibo en ti mi imagen de adolescente. Tus gestos, tu pelo alborotado, tu sonrisa dicharachera y esas pecas que en verano se pronuncian aún más con los rayitos del sol.

Hace ya doce años. Como una sorpresa llegaste a mi vida, y yo con sólo 24 años, una niña quizás, te acepté y esperé con los brazos abiertos. Nunca me arrepentí de invitarte a compartir nuestras vidas para siempre.

Te tuve en mis entrañas, algo inexplicable. ¡Sólo siendo mujer se puede sentir tan bella sensación!

Recuerdo mi embarazo como el mejor episodio de mi vida, con pocas molestias y tú de vez en cuando me clavabas un piecicito y el dolor era insoportable. Tus movimientos escasos me preocupaban, pero todo estaba perfecto. No querías mostrar tus encantos, y la intriga continuó hasta el final. Día a día mi peto vaquero se abultaba hasta parecer un balón de playa, y mi aspecto era bastante gracioso.

Una tarde de noviembre, fría y lluviosa, decidiste llegar al mundo y de recuerdo conservo orgullosa una larga y finita cicatriz. Apenas sufrí. Las lágrimas brotaban en mis ojos y tu cuerpo asomaba lentamente a la vida, como un animalillo indefenso. Tu llanto desgarrador me conmovió, y tus ojos se clavaron en los míos para siempre. Eras una niña preciosa. Te acaricé, te besé, lloré emocionada... Me había convertido en una joven mamá y en pocos días me acostumbé a ti. Fuiste tan buena que fue fácil, aunque extraño.

Los años pasaron, como pasa un tren sin parar en ninguna estación, rápidos y felices. Te eduqué en la tolerancia y el respeto, te

moldeé a mi imagen y semejanza, te miro y en nuestros gestos somos como dos gotas de agua.

Veo en ti una persona luchadora y constante, respetuosa y obediente. Cada mañana caminamos juntas hacia el autobús y aprieto tu mano para que no te pierdas; la agarro fuertemente para que no me dejes nunca.

Lo hice bien, lo sé. Me dejé la piel cada segundo, aun perdiendo aquellos maravillosos años, que no fueron perdidos. Gané contigo algo tan precioso, que no se puede pagar con todo el dinero del mundo.

Soy feliz cuando estás a mi lado, tan feliz que deseo que caiga la tarde para que me cuentes tus historias. Me gusta cómo eres, Nora. Sólo le pido a la vida que continúes así, como hasta ahora, por el buen camino.

Si alguien piensa que lo hice mal, por favor que me lo diga.



*Rafael Moriel, co director de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

El Mundo al Revés

¿Os imagináis un mundo en el que todos pudiésemos hacer lo que nos viniese en gana?

¡Recorreríamos las calles mojadas por la lluvia, chapoteando! ¡Saltaríamos riendo en los charcos, y nuestros agujereados zapatos se llenarían de agua! ¡Sería fabuloso dejar volar nuestra imaginación sin que nadie se preocupase de nosotros!

Hace ya muchos años, tendría yo unos 9 (lo recuerdo como si fuese un sueño), estuve de vacaciones en un pueblecito de Extremadura y conocí a unos niños muy extraños, todos ellos bajitos y regordetes, con orejas grandes y puntiagudas. Vivían solos en unas pequeñas cuevas, sin luz artificial ni agua. Ellos solitos se las ingeniaban para sobrevivir: se pasaban las horas cazando, pescando...y haciendo travesuras. Me encantaba estar con ellos, horas y horas tumbado en las montañas, contemplando el lindo atardecer de esa bella tierra.

La tarea diaria era dura. Algunos se encargaban de recoger huevos prestados de las gallinas de los vecinos, al igual que la leche, que la ordeñaban directamente de las cabras de las casas de al lado...

Las niñas llevaban la voz cantante, organizando los turnos y preparando la comida para todos. Yo, asombrado de los movimientos de la pandilla, tomé un bloc de notas y anoté sorprendido las andanzas de aquellos niños. Hoy aún conservo intacto aquellas maravillosas vivencias.

Preparaban el fuego como auténticos expertos, cocinando en una roñosa sartén; milagrosamente, nunca les pasaba nada.

Yo corría cada mañana para verles: les hacía miles de preguntas, curioseando su cueva una y otra vez; juntos preparábamos sus camitas, cubiertas de unas pequeñas mantas de lana, dejába-

mos preparado el almuerzo y marchábamos a pescar a un río helado. Como por arte de magia, los peces se acercaban a nuestras manos, sin necesidad de anzuelo; tirábamos piedras al río, que nos las devolvía sin rozarnos un solo pelo de la cabeza. Estábamos a salvo en aquellos inolvidables parajes...

Cansados de brincar, descansábamos en lo alto de una montaña cubierta de flores. El cielo tornaba rojo fuego y alargábamos nuestras manos para poder tocar tanta belleza.

Los días pasaban al igual que el verano, y yo contaba los minutos que me faltaban para separarme de mis queridos amigos. Fue divertido, siempre lo recordaré. Tenía gracia: allí era feliz, pero por otra parte echaba de menos unas normas, propias de mi ciudad. Poco a poco comprendí, que un niño necesita ser educado y no puede estar tan sólo.

Con el alma en un puño me despedí de ellos, y cuando me acuesto y trato de recordar aquel verano tan especial, no quiero pensar que se tratara de un sueño.

No sé si lo soñé o fue real.



*Blanca Ríos, colaboradora habitual de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

EL DIVORCIO DE SUSANITA Y SU RATÓN

MIKEL DORNA

Qué bonitos eran los días en que el calor de su cuerpo, junto a su corazón, calentaba las frías noches de invierno. Qué lejos quedan aquellos días entre el chocolate y el anís, cuando se juraron amor eterno, mintiéndose al decirse que nada cambiaría entre ellos y que el tiempo no marcaría sus destinos.

Sin embargo, ningún cuento de hadas puede durar hasta siempre y como en todo buen sueño, al final se tuvo que despertar y finalmente, Susanita cambió y olvidó soñar con la eternidad.

Como Wendy en aquel maravilloso mundo de «Nunca Jamás», decidió que iba siendo hora de crecer, abandonar la colorida fantasía, en pos de la gris realidad. Ya no era aquella niña soñadora que se emocionaba con cada trocito de queso que le traían a casa. Cada uno de esos fragmentos era parte de su corazón, de su tesoro más privado e íntimo, que rara vez tenía un verdadero valor material.

Pero llegó el día que eso no fue suficiente, y el brillo de sus ojos se apagó. Nada le llenaba como antes y poco a poco, se fue distanciando de su ratoncito, que aunque rico de corazón, continuaba sin un duro en el bolsillo.

Ella comenzó a frecuentar otras compañías, quien iluso de él, lo entendió sin dudar un instante de su dulce princesita. Tal vez los celos no hubiesen alargado lo que finalmente sucedió, sin que él siquiera lo viera venir, cegado por la belleza de aquella mujer.

Finalmente, lo abandonó por una rata podrida de dinero a la que nada importaba los sentimientos de Susanita, sino más bien los encantos que escondía bajo su falda.

A pesar de todo, nuestro pequeño desdichado dejó de luchar al ver a su princesa tan feliz, entre el cegador brillo del oro, dejando que su corazón se rompiera en pedazos antes de ensuciar la nueva

vida de su querida Susanita.

Se retiró a un lugar oscuro y tranquilo, donde nadie oyese sus lágrimas, repletas de dolor por una despedida jamás prevista. Tiritando de frío, descubrió que ya no existía radiador alguno que le hiciese entrar en calor, como ella lo hacía antaño. Tan sólo una almohada desdibujada de forma, por tantas noches sin dormir con el reflejo de la locura de su ausencia, como única compañera y que tristemente, poco a poco amenazaba con invadirle por completo.

La negrura de la noche eterna se fue apoderando de su cada vez más pequeña alma, sin que encontrara ninguna razón para continuar viviendo, mas lejos del fondo de un vaso de cristal.

Así fue como lo encontró Martín, debajo de un pequeño botón, manchado por su propio vomito, una noche como otra cualquiera en la que el alcohol no pudo hacerle olvidar. Lo recogió de un sucio callejón y lo acogió en casa, esperando recuperar a aquel amigo con el que había compartido tantas buenas tardes.

Pasaron los días, las semanas volaron y los meses cambiaron las estaciones. Había pasado tiempo, mucho tiempo, y el ratoncito había sufrido mucho hasta lograr cerrar las heridas de su corazón. Ella lo había arrinconado, pero su amigo le había salvado del fatídico jaque mate en el último instante.

Aunque como en cualquier guerra, acabaron quedando secuelas. Tal vez su sonrisa contagiosa fuese la de siempre, pero ahora apenas se dibujaba en sus labios, y cuando lo hacía, sus ojos no tenían el brillo risueño de antaño, y aunque su corazón volvía a latir, las cicatrices que habían quedado grabadas en él, no se borrarían hasta el fin de sus días.

Debería aprender a vivir con aquellas punzadas de dolor que presionaban su pecho cuando algún recuerdo pasado invadía su mente, pero había comprendido algo que tenía olvidado.

Subido en su nube de papel, no se había percatado que su mundo no era sólo Susanita, sino que mucha gente seguía pendiente de su felicidad. Ahora se daba cuenta de que aún tenía amigos, como Martín, que ofreció su hombro para que llorara despechado por aquel maldito destino. Ninguno de sus labios esbozo jamás fra-

ses como «ya te lo dije», sino que su boca siempre esbozó una tierna sonrisa de comprensión, que ayudó a curar sus heridas.

Las noches empezaron a dejar de ser tan frías y su deseo por continuar aumentaba con cada latir de su acelerado corazón. Las bolitas de anís dieron paso a las cervezas, y el chocolate formó extrañas nubes de amistad por donde poco a poco empezó a renacer de sus cenizas.

Finalmente, cuando una noche miró por la ventana y vio una hermosa luna llena con forma de queso, un pensamiento recorrió su mente.

«Susanita tiene un ratón... pero nunca mas seré yo».



*Jorge Girbau Bustos, co director de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

A MI ANTOJO

BIENVENIDA SAN JOSÉ

Hoy te dejo a tí

*poner la banda sonora
a las estrellas,
yo me encargo
de retrasar el amanecer
hasta que mis manos
den una tregua a tu cuerpo.*

*Mañana eliges sitio y hora
para ver el atardecer,
yo pongo las montañas
y un lago con tu barca
para navegar entre tus aguas.*

*Deja que arañe las nubes
que ciegan al sol
y con él,
el reflejo de tus ojos.*

*Apaga la luz
y que marche la luna
a descansar,
que de tus sueños
me encargo yo.*

A Esther (octubre 2010)

JORGE GIRBAU BUSTOS

|

Sería capaz de olvidar hasta la patria

por una revolución de mi alma,

Pero, ¿dónde se encuentra esa revolución?,

esa revolución es de chocolate

y de maíz

donde el cielo da de comer a las montañas,

esa revolución empieza en ti,

y acaba con una mirada tuya,

sería capaz de desafiar a mi patria

y de quedarme sin hogar

por ver lo que todavía no conozco.

Es de asustar porque no puedo

robarme los besos que se los enrolla el aire,

y la revolución continúa

como todas las revoluciones sociales,

pero esta vez me salvas.

Me salvas

porque esta revolución es cultural.

En esta revolución me salvas

y mientras los revolucionarios rezan

yo soy un observador de ti,

*y mientras se crean constituciones
yo hago poemas para sentirme más cerca
de la Naturaleza,*

*en esta revolución me salvas,
me salvas con tus palabras, con tu sonrisa,
me salvas porque eres todo aquello del mundo
desenmascarando a los disfraces,*

*me salvas porque en tu mirada
veo pasos de baile,*

*me salvas, corazón mío,
tal vez mi patria sea al lado tuyo
de cartón viejo,*

*me salvas, porque me salvas,
pero la revolución esta en marcha
y el talento al lado de ti
se queda corto.*

*Yo sé que no ha empezado
por eso seré sólo uno más
en la muchedumbre que piden
la cabeza de la hipocresía,*

*Y yo caminaré con el pueblo
bajo el recuerdo de tus ojos,*

*y puede que sea un espejismo;
pero noto, que en ese momento,
seré algo más feliz.*

//

Mi corazón tiene la forma de tres puntos suspensivos,
tres puntos suspensivos que no se separan
cuando estoy cerca de tí...

*Tres puntos suspensivos que son difíciles de unir
para que vuelva a ser hombre,
para que todo tenga su forma
con la que nació, creció y murió...*

*Tres puntos suspensivos que se vuelven egoístas,
amorosos, increíblemente lucidos a tu lado;*

*pero cuando me faltas
los puntos suspensivos,
mis puntos suspensivos sólo te echan de menos.*

*Es como un tic tac
que araña a mi soledad,
para ser refugio de otros rincones;
es un latido casi silencioso,
casi virgen, casi descubriendo
nuevos continentes...*

*Tres puntos suspensivos
que se vuelven viento
cuando te escuchan,*

*tres puntos suspensivos
separados pero suspensivos
igual que la creación....*

*Estoy haciendo juegos malabares
para seguir con vida
después de tu calor,*

*y esos juegos malabares
no se escuchan y ni siquiera se ven,
esos juegos malabares tienen
tus puntos suspensivos....*

*Esos juegos malabares
te los puedo contar en quince minutos,
aunque terminaría en dos o en uno;*

*esos juegos malabares
los conocerás en tres puntos suspensivos...*



*Nerea Gallastegi, colaboradora habitual de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

Sé niña.

*Abre cada mañana esos ojos,
curiosos,
ansiosos por descubrir,
por asombrarse,
por ver.*

*Ver que todos los días son diferentes.
Cada uno cargado de oportunidades nuevas
de aventuras,
de descubrimientos,
de sentimientos y emociones.*

*Niña,
sin noción del tiempo.
El único y más importante es este mismo instante,
el que ahora estamos viviendo.*

*Por eso hay que disfrutarlo,
ser conscientes de el,
de que lo estamos viviendo.*

«Que no pasa»

que lo vives.

Sé niña siempre.

EL TIEMPO INTERIOR

M^a ASUNCIÓN SAN MIGUEL ARTEAGA

Dos sábanas y una almohada.

*El penal de las horas
alargándose alrededor de un frío reloj.*

*El tiempo:
Dos sábanas negras
una abajo, otra arriba
guardan (do) minuto a minuto
este silencio hueco y pesado.*

*Dos sábanas.
Al menos dos,
y yo en medio,
como un paquete
por llegar al destino.*



*Heliodora Del Mazo, colaboradora habitual de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

Extraña Confusión

¿Somos dos:

*el universo y yo
confundido, inmensurable?*

*O tal vez
salgo de mi existencia
y escucho el ruido de la ducha
la moto tras los cristales.*

*Sí, convencida vago sola
entreteniéndome al destino
re-te-niéndome
en la horizontal.*

Es más seguro.



*Virginia Mauleón, pianista habitual en los recitales de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

Un Cadáver en el Lago

¿Por qué continuar nadando

si un solo cordón anudó tus zapatos,
haciendo círculos en la memoria?

¿Por qué, por qué seguir flotando
si abandonaste la barca?

Pedaleaba al aire, al sol.
Las doce de un mes de abril.
Y mira tú, que yacías en el lago
flotando bajo el mismo sol.

Ochenta y ocho años y tristeza.
Un bastón, una boina
dibujaron tu vacío.
¡Qué extraña y cercana muerte
al otro lado de la esquina!

Hay vivos que han muerto.
Otros acaban su pesadilla
bajo un gélido féretro
para vivir ¡quien sabe!

En aquel cisne que le vio morir.

POBREZA

VIRGINIA GÓMEZ ÁLVAREZ

El viejo camión aparcó en una explanada al borde del camino. Llevaban horas conduciendo a la luz de un sol cegador y ni siquiera se habían dado cuenta de que estaba atardeciendo.

El motor del camión dejó de rugir y silbar. Los niños fueron los primeros en bajar; se desperezaron y echaron a correr hacia el rumor del río. Luego bajaron los demás.

Había varias tiendas de campaña ancladas en la explanada de hierba oscura, y las tímidas hogueras de llama baja resplandecían pálidamente, como el sol en el ocaso.

El vigor del día daba paso a la tranquilidad del atardecer, pero los estragos de éste se hacían notar en las caras cansadas y arrugadas de la gente, caras de melancolía y sufrimiento, pero orgullosas y determinantes todavía.

Una jornada más de viaje agotador había terminado. Ahora tocaba descansar y comer algo, porque al amanecer reanudarían la marcha a través del recalentado asfalto de piedra dura, aplastada por el peso de los miles de neumáticos gastados que lo devoraban, cientos de camiones destartados y de coches con las chapas comidas y oxidadas por el sol.

Al sur, siempre al sur, venían de todos los lados, huyendo de la pobreza, coches y gente en oleadas, como bandadas de insectos cruzando aldeas desiertas y serpenteando cuevas y curvas por caminos andrajosos y resecos, en busca de la arteria principal, la carretera 666. Todos se dirigían al sur, a la tierra prometida.

Madre hizo lumbre, entretanto los hombres montaban la gran tienda de lona. Puso una olla con agua y cuando hubo hervido, echó las pocas patatas que quedaban; las echó sin pelar y ni siquiera les quitó la tierra pegada, porque esa tierra era de allí, de donde ellos venían, quizá eran los últimos terrones que vería de aquella tierra

que le traía tantos recuerdos... quizá eran los últimos rescoldos de una vida que se fue para siempre... quizá eran los últimos días de una familia unida antes de que se desmembrara definitivamente... así que a madre le daba pena desprenderse de aquella tierra.

Los niños jugaban a balancearse en columpios hechos con neumáticos de camión, amarrados a troncos podridos.

Los hombres terminaban de montar sus tiendas y las madres preparaban la cena. Antes de que dieran tiempo a la nostalgia, la gente del campamento se sentaba a cenar; se reunían en pequeños grupos familiares y comían charlando, entretanto las primeras estrellas aparecían en el cielo; cada cual comía lo que tenía: nabos hervidos o sin hervir, raíces machacadas en salsa de harinÿa, galletas duras, coliflores enmohecidas al vapor, trozos de pan duro remojado en aceite, tomates pasados con una pizca de sal...

Todos cenaban a la luz de la lumbre, a excepción de algunas familias a las que les quedaban las últimas chuletas de cerdo o los últimos tacos de jamón salado, que tenían la delicadeza de hacerlo dentro de las tiendas por consideración a los demás.

Después de cenar, los viejos sacaban su tabaco y mascaban. Los hombres lo liaban con paciencia haciendo cigarrillos, las mujeres ponían a silbar las cafeteras y hacían café o té, que aunque aguachinado estaba tan caliente que parecía bueno, y siempre había alguien que sacaba su guitarra y tocaba; entonces todos se iban reuniendo en torno suyo y tarareaban canciones a la luz de la luna, olvidando sus problemas y echándose a reír.

Casi por un momento se diría que eran felices, sino fuera porque el olor de las chuletas fritas se expandía; ese humo, de carne achicharrada que se evaporaba de las tiendas y se desprendía en el aire, llegaba hasta las tiernas y arrugadas narices de los niños, que lo olían y se ponían tristes. Entonces las madres miraban a sus hijos y también ellas se ponían tristes.

LOS AMORES DE CHAROGOMA

LA GOMA DE BORRAR MÁS BONITA DE TU ESTUCHE



by Oskar '09

CHAROGOMA, LA HERMOSA GOMA DE BORRAR, REMEMORA SUS AMORES EN UN PARQUE DE ZAMUDIO



AQUEL APUESTO LAPIZ QUE CONQUISTÓ SU CORAZÓN, SU PRIMER AMOR. ERA DE HB, PERO A CHAROGOMA NO LE IMPORTÓ

KAIXO NESKA



MILANO

PASARON GRANDES MOMENTOS JUNTOS, HASTA AQUEL HORRIBLE VIERNES NOCHE...

OH!!!

SI! SI!

RAS, RAS



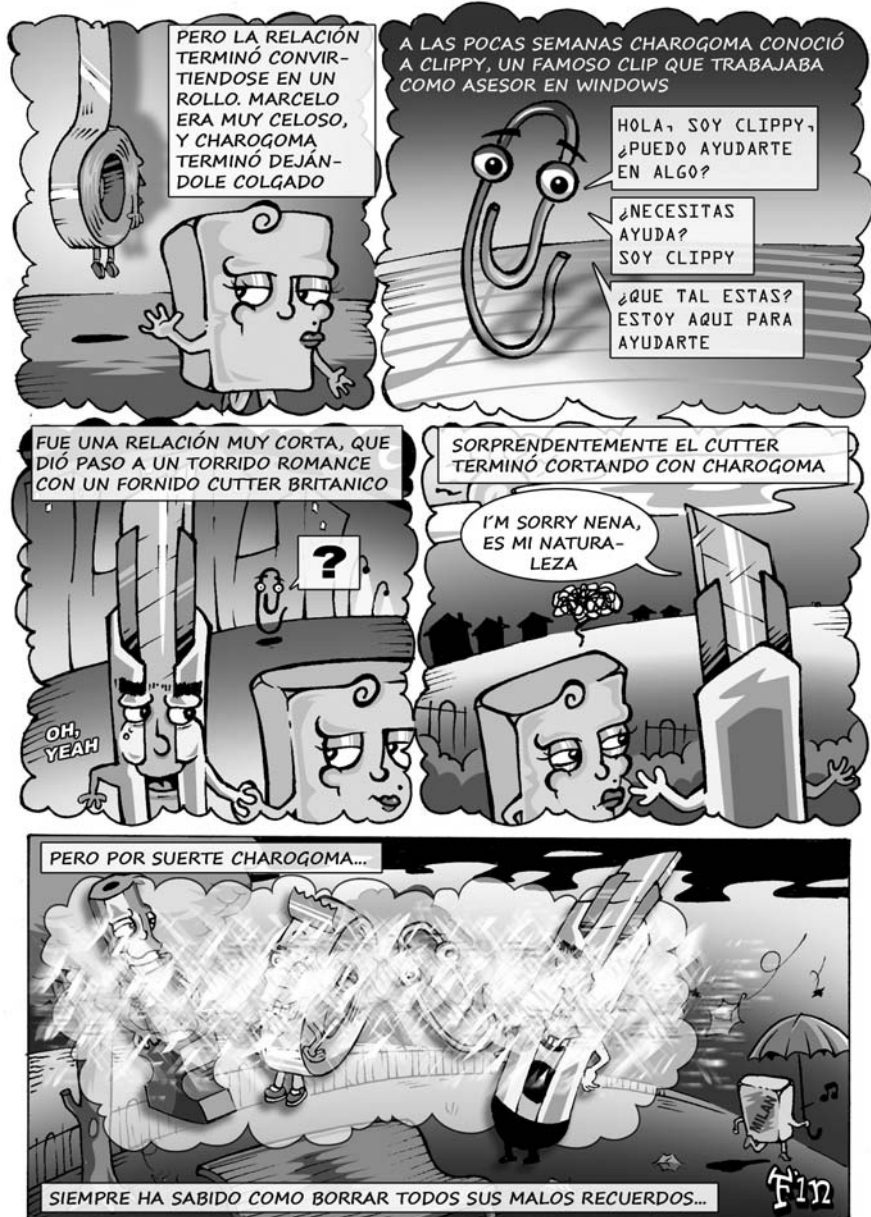
FUE HORRIBLE PARA CHAROGOMA. AQUELLA FRESCA LE ESTABA SACANDO PUNTA, Y EL LAPIZ NI SIQUIERA TENÍA LA GOMA PUESTA...



Snif

AFORTUNADAMENTE AL POCO TIEMPO LA LLAMA DEL AMOR REVIVIO DE NUEVO CON MARCELO ROLLO DE CELO





MI AMIGO EL MIMO

ELENA ORTIZ MUÑIZ

Al llegar a casa me recibe, con el rostro pintado de blanco; la sonrisa roja dibujada en su cara, que en ocasiones se me antoja tan forzada como mi existencia. Debajo de los ojos, negras manchas; las cejas oscuras delineadas en perfecta curvatura, y sobre su cabeza, ese gorro deforme de color inexistente, decorado con una despeinada y vieja pluma de ave en color bermellón. Es Étienne Decroux, gran actor y mimo francés... mi único compañero en la vida. No es imprudente, es muy discreto y me escucha sin reproches.

No tiene nada que ver conmigo... aparentemente. Yo soy un tipo rígido, tímido en lo personal, pero duro en lo profesional, incapaz de tener una relación estable, sin familia ni perro que me ladre. A pesar de todo vivo tranquilo, conviviendo con el buen Decroux; converso con él, le cuento mis planes y a veces, sólo a veces, salgo a la calle, y como él, personifico mi propia pantomima dramática. Entonces me hago acompañar de alguna dama; tomamos una copa, bailamos y finjo ser feliz. Luego, la noche termina siempre igual: ella, entregándose con la ilusión de un romance infinito. Yo, en cambio, satisfaciendo mis deseos reprimidos para escapar en la primera oportunidad, prometiendo llamar de nuevo después, aunque no tenga la más mínima intención de hacerlo. A pesar del placer experimentado, en casa termino llorando ante mi amigo, sintiéndome un canalla, lamentando mi subsistencia vacía.

Al mirar su sonrisa me reconforto, me sé acompañado en este valle de lágrimas. Comprendo que muchos sufren como yo, pero no lo demuestran, se embadurnan la faz de betún blanco y se dibujan una gran sonrisa como armadura para salir a combatir al mundo, pero por dentro están llorando y su corazón sufre. Mi amigo además de mimo es un profeta, cuya imagen termina siendo el refle-

jo de uno mismo ¡Cuánta complicación!

A veces intento aferrarme a los sueños, regreso a aquellos días de gloria infinita al lado de mi adorada Estela, a la que nunca logré decirle cuánto la amaba y terminó en brazos de otro, que jamás la querrá como yo, pero que no permaneció mudo y supo hablar a tiempo. Me hago a la idea de que a pesar de la economía mundial y la capa de ozono, del mundo flaco a consecuencia de nuestros excesos y de los gobernantes gordos de tanto exprimir a los contribuyentes crédulos, se puede llegar a ser, aunque sea, un poquito feliz. Aunque uno se sepa sólo, sin familia aparente, a pesar de que esos amigos con sus infinitas lealtades no aparezcan por ninguna parte, y ninguna otra mujer logre ocupar el lugar de Estela, en mi mente o en mi corazón -alguna habrá por ahí- me digo animosamente en ocasiones, pero lo cierto es que si existe, no vivirá en este país pues no logro encontrarla.

Al único que encuentro es a mi buen Decroux. No sé si estaré volviéndome un poco loco, pero admiro su mudez debajo de la careta tan nivea como falsa y esa manera de hacer real lo irreal, tan sólo con el énfasis de sus ademanes y movimientos. Mi corazón acalla a mi razón para que no me deje pensar, mas, no siempre gana. Hay momentos, pequeños y casi imperceptibles, segundos de lucidez, en que una voz en mi interior me dice que el amigo es una falacia pues Decroux murió hace 19 años y por lo tanto no puede sostener mi vida.

Intento no escucharla; no debo, no puedo hacerlo. El mimo de ese gran afiche que corona la sala en casa vive porque yo lo mantengo vivo. Es mi amigo, aunque él nunca me haya conocido en vida, mi única compañía y si pudiera, si tan sólo dejara de ser tan cobarde, asesinaría a mi razón sin piedad para que no me torture más con su trágica realidad.

NUBES

ÓSCAR LUIS NOGAL

Mamá llega a casa a eso de las cuatro y Papá, a las cinco y media. El chico solía regresar del colegio a las dos y media. Por eso estaba obligado a certificar su vuelta, pasando por la puerta de su vecina de piso.

Se quedaba con Guillermo jugando a las fichas de jugadores de baloncesto, promocionadas por una empresa de caramelos. Pasaban el rato intentando hacer canastas invisibles y pases originales, hasta que la madre de Guille llegara, tarde como siempre. Ella insistía en invitarle, pero Guille vivía en un punto de la periferia, en dirección contraria. Se sorprendió mucho la primera vez: la calzada se tajaba en un terraplén. Ambos estaban de acuerdo en lo guapa que sería la urbanización cuando tuviera la piscina comunitaria, el parque infantil, la pista de tenis y la casa de cultura vecinal.

Sin nadie con quien poder retrasarse, se iba a casa con la intención de merendar lo que hubiera dispuesto su madre. La vecina se había ofrecido a darle la merienda, pero su madre decía que ya era lo bastante grande como para ser responsable. Nunca había tenido llave hasta el comienzo del presente curso. Todavía le extrañaba su tacto férreo. Sabía que, para su madre, fue liberador confiar en él, dándole las dos llaves colgadas de una cinta. La del edificio y la de la casa. La recordaba orgullosa y cómo suspiró profundamente, acaso como si hubiera acabado con una pesada tarea.

Cruzó la calle, frente a la cafetería de las letras doradas; después varias manzanas tomadas en zigzag, en dirección noroeste, hasta el momento crítico: la gran avenida de ocho carriles. Su madre repasó ese trayecto a rabiar: «Mira a los hombrecitos, siempre el verde, nunca con el rojo, aunque oigas la señal... tú sólo cuando el hombrecito verde, y no cruces más de dos carriles seguidos...»

Era cierto que le daban miedo. También que tardaba el doble

porque se paraba en las tres islas-refugio. A su alrededor, todos corrían, desafiando a los coches y ya había presenciado dos accidentes. En uno de ellos, un hombre cuarentón no paró al ver el hombrecillo rojo, y se lo llevó una camioneta. Aunque un corrillo envolvió al hombre caído, el niño había visto el lago de sangre oscura creciendo bajo sus pies.

Se sintió muy culpable e inservible. Quería haber sido valiente, como esos adultos que luchaban en la tele. Por eso, cuando compañeros de colegio le llamaban «cagao», «nena» o «inútil», lo creía a pies juntillas. Intentaba evitar cualquier cosa que fuera una amenaza.

Tras el cruce, le quedaban sólo diez minutos de viaje. Doblar hacia la derecha por una calle peatonal que acababa en un parque nuevo, una perfecta circunferencia en medio del flujo del tráfico.

De pronto, escuchó un alboroto de voces, justo antes de virar a la derecha. Algunas parecían de mujer adulta y otras como de chiquillas. Se atrincheró detrás de la esquina. Una nube de polvo y piernas golpeaban algo que se quebraba a sus pies. Faldas plisadas azul marino y blusas celestes. Carteras, mochilas, carpetas, chaquetas, se amontaban junto a una papelería. Otra mochila, estaba alejada de las demás. Un verde menta plástico ajeno a lo que sufría su dueña. Una de las chicas levantó la mano y el pelotón obedeció:

—Bien, por hoy bastará. Necesita un poco más de repaso. Otro día... Esto no se ha acabado cabrona — escupió.

La selva de piernas se fue abriendo, permitiendo que el niño viese a otra chica, de espaldas, inmóvil. Dejó de mirar. Las estudiantes recogían sus pertenencias y se acercaban a su posición. Él se resistió a huir, mimetizándose con la pared. La manada de colegialas, eufóricas, pasó por delante suyo. El chico contó hasta tres.

Se acercó midiendo los pasos. La chica intentaba incorporarse sin éxito, pues no lograba recuperar la fuerza. El chico levantó la mirada, buscando algún adulto. Su madre nunca le había preparado para una situación de tal calibre.

La plaza parecía desierta, aunque los otros días estuviera infestada de paseantes. Un hombre de unos cuarenta años le miró

desde la acera, con asombro. Finalmente siguió su camino. Ella dijo algo y el niño le miró. Los ojos, aún desconfiados, se comunicaban entre las lágrimas. Ya se había incorporado. El chaval se dio cuenta que le habían saltado, al menos tres dientes. Señaló la mochila abandonada en segundo plano. Él se acercó a la bolsa. Al inclinarse, consiguió ver unas llaves colgadas de una nube. Era como la que se dibuja siempre en el jardín de infancia: con forma de algodón, de color celeste, ribeteado en blanco. Le devolvió la mochila, a la que ella se abrazó.

—No te preocupes, voy llamar a emergencias. Tranquila.

Tardaron pocos minutos en llegar. El niño afianzaba la mano de la estudiante. No se habían hablado. Los ojos de ella ya no estaban húmedos, aunque le dolía una pierna y seguramente las costillas. Le preguntaron si era su hermana y él dijo que no. Preguntaron cómo se llamaba, tampoco lo sabía. Ella no podía pronunciarlo.

Se mantuvo con paciencia hasta que la ambulancia llegó. Se apartó para dejar que el equipo médico actuase. Un trueno le hizo darse cuenta de su retraso y se fue corriendo sin despedirse. No quería que la vecina contase a su madre que había llegado tarde.



*Txema Imaz, colaborador habitual de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

Sonrisas francas, inocentes, puras.

Ojos de sombra de luz de luna,
mágicos, inquietantes, neutros,
enigmáticos y eternos.

Te echaré de menos,
Baztán callado,
fragante, inmenso;
tu verde risa,
tu gris incierto,
tu azul...

azul que quedamente espero,
esperanza abierta,
brecha de valle
verde de vida
viva que late.

No te lloraré
porque conmigo te llevo,
conmigo te vienes
en mi insondable sueño.
Cuando me asfixie la ira,
vendré a respirar tu aire;
cuando la pena me ahogue,
vendré a serenarme al valle;
cuando anhele una cuna,
podrás tus raíces prestarme
y al final de este silencioso sueño
con tus colores quisiera
para siempre despertarme.

¡ÁNIMO, VIEJO! (11-04-2002)

RAFAEL MORIEL

Me dirigía a casa, cuando lo vi.

*De nuevo aquel anciano, caminando:
la mirada en el suelo
dos o tres pasitos,
los brazos abiertos al frente
las piernas abiertas
como abarcando terreno.*

*Un bastón,
dos o tres pasitos
muy cortos
alzar
la cabeza,
un instante
y continuar después.*

*Regresaba del gimnasio. Anocheceía,
lo había visto un par de veces
sin poder evitar fijarme,
imaginando, interpretando cómo sería aquel anciano
de aspecto tierno:
su lucha
en la enfermedad,
mirándolo con buenos ojos
por todo cuanto irradiaba;
fresco y limpio, bien cuidado
con una larga nariz incrustada en su afable y anciano rostro.*

*«Con lo que yo he sido...», pensé por él
en una de éstas que alzó la cabeza:
Dos o tres pasitos y se detuvo.
Pasé a su lado, abriendo mi boca.*

«Ánimo señor, me siento orgulloso de usted...», le hubiese dicho.

Pero enmudecí...

*Había un árbol en la acera
quise darle una patada, de pura rabia;
si con ello le curara el Parkinson
lo habría destrozado,
me caía bien el anciano
pero no pude
animarlo, mostrarle mi aprecio,
pues apenas somos nada:
uno se pasa la vida intentando ser respetable
algunos hasta se creen importantes
con proyectos en las manos
manejando cotarros
dirigiendo devenires
ordenando y clasificando el mundo
quizá
para terminar en dos, tres pasitos y la mirada al frente,
tu vida puesta en ello.*

*Tanto pensamiento, tanta mentira
cerebros bajo cráneos
impulsos eléctricos
órganos, filtros
cilindros brazos y piernas
bombas y fluidos
que algún día serán decadencia.*

*Continué el camino a casa. Llovía.
Observando las grises nubes,
recordé el gorro azul del anciano
con el que se protegía del agua;
los brazos
las piernas abiertas,
tan sólo dos o tres pasos,
y cosas así.*



*Nika Bitchiashvili, músico habitual en los recitales de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

En Madrid

Son las 9 de la noche...

*TRABAJO desde las siete de la mañana
en Madrid.*

*He llamado a casa y me ha saltado
el contestador:
era mi propia voz
y yo
necesitaba hablar con alguien
pero nadie me llama
en Madrid.*

*¡Les tengo dicho que trabajo
trabajo, y trabajo!
que no me llamen...
aunque nunca acierta uno del todo.*



*El público abarrotó el local y permaneció en silencio durante toda la actuación.
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

LA CITA

MAITE GARCÍA DE VICUÑA

Quedamos para cenar en mi casa aquella noche. Yo no podía creérmelo, me pellizcaba a cada paso para comprobar que no era un sueño. Velas, luz de ambiente, música de Sinatra y un buen vino. Todo estaba preparado. Charlamos animadamente sobre cine, libros, y extraterrestres. A Lucía le encantaba la exobiología, y aventurar las más diversas tesis sobre otras vidas en el Universo. Sabía más de ellos que yo mismo. Los últimos estudios publicados, habían puesto de manifiesto que los ET modernos, eran sin lugar a dudas palmípedos. Cuando al fin nos acostamos, no me atreví a quitarme los zapatos.

La Vuelta de Papá

¡Tachán!, gritó papá cuando apareció de la nada, en mitad del salón. La sorpresa que nos llevamos todos fue mayúscula. Haciendo honor a la verdad, ninguno nos lo esperábamos. Pero lo que él tampoco imaginaba era que junto a la hornacina que contenía sus cenizas, hubiera un montón de fotografías de mamá con un señor desconocido que, sonriente, la rodeaba con sus brazos. Sin mediar palabra, papá dio media vuelta y regresó al portarretratos.

El Viajero

Arturo viaja al volante de su Mercedes, con las ventanillas bajadas, fumándose un Camel americano y cantando a pleno pulmón una de Bon Jovi. A pocos metros de su vista, y sin previo aviso, aparece un peaje que juraría no haber cruzado nunca antes. Al detener el auto, comprueba que en realidad se trata de un puesto fronterizo. Un policía le sale al paso, saluda atento y le solicita la carta de invitación para pasar la frontera, el visado, un certificado de penales y una declaración jurada de encontrarse libre de cargas. Arturo, perplejo y confundido, abre la guantera para buscar allí alguno de esos papeles, que estaba seguro no tenía. De reojo observa al agente, y cree apreciar algo extraño a ambos lados de su espalda. Vuelve a buscar en la guantera. Al fin encuentra un papel con un sello oficial, estampado al pie. Con cierto alivio lo entrega al hombre uniformado, oyendo como éste último le dice: «Esto, caballero, no es más que su certificado de defunción. Lo lamento, pero usted aquí no puede estar. ¡Váyase al infierno!».

Matemáticas Exactas

Nuestra relación era una ecuación perfecta. Al poco de conocernos me prometió una casa donde multiplicarnos, haciendo gala de un amor infinito. Ni una fracción de segundo dudé de la veracidad de sus palabras. Formábamos un binomio ideal, la excepción de cualquier estadística. Un conjunto sólido, sin aristas, un valor absoluto, una unidad, un todo. Hasta que una mañana, despejé de mi mente la incógnita, confesando tener el corazón dividido. Las matemáticas exactas, me dijo, no existen.

Acoso Telefónico

Evelio adolecía de soledad congénita. Para paliar su enfermedad, solía acudir al teléfono, buscando alguien con quien charlar.

-Buenos días señorita, soy yo, Evelio. Sí, ya sé que le he llamado diez veces esta mañana, y que ayer lo hice otras tantas. Espero que esto no le cause molestia, usted es siempre tan amable conmigo. Tan sólo le robaré unos minutos, lo prometo. ¿Recuerda que le conté que me quieren llevar a una residencia? Ya les he dicho que yo me arreglo bien aquí, que no es necesario, y además, no sé si allí podríamos continuar hablando, y eso sí que me intranquiliza. ¿Qué piensa usted, señorita?

-Para llamadas al exterior pulse uno, para contactar con otro servicio pulse dos, en caso contrario diga salir. Disculpe, no le he entendido. Para volver a escuchar el resto de opciones pulse tres.

Intimidad

Un hombre aparece repentinamente y dice ser mi hijo, sangre de mi sangre, heredero de mis genes y por tanto, legal fiduciario de mis bienes. No es que me importe ser padre a estas alturas, ni siquiera que él pueda disfrutar de parte de mi fortuna. Lo que de verdad me incomoda es que la prueba de ADN haya dejado al descubierto una enfermedad venérea que yo mismo desconocía adoleciera, junto a una larga vida de crápula que creía haber llevado con discreción hasta la fecha. Para qué dirán «descanse en paz», si no me dejan tranquilo, ni después de llevar treinta años muerto.

EL SALTO (Paracaidista)

MARI CARMEN SÁNCHEZ CEBELLÁN

Salta amigo mío

*sin mirar al vacío.
Expulsa ese miedo,
que en ti se ha alojado.*

*Salta amigo mío,
con el valor tenido,
y que en ti siempre ha existido.*

*Salta al vacío
y llénalo de valentía,
libera tu consciencia
sin arriesgar la vida.*

*Salta amigo mío,
como siempre has saltado
y al cielo has acariciado.*

AL DESPERTAR EL ALBA

J.Mª ALLIVES

El alba despierta de su letargo y se pone

*las nuevas galas de su noche ciega
abre los ojos a la vespertina mañana
despierta y savia abre sus mentes que
se perfilan como versos de anteojos.*

*Se abren las nuevas rimas entre la luz
cándida envueltas de hechizos
amantes escritos de horas de ausencia
brotan madrugadas, regalos de vigiliass
silencio escapado de un beso que se entregó
a conciencia.*

*Y acaso yo un contraluz solo
en la larga noche callada busco el ceniciento
recuerdo de un sueño que quiso
encontrarte tañendo sonos que dirán
que aún no tienes otro dueño.*

*La aurora madruga para que mi pasión
tenga buenos despertares.
Ven, amor, a hilachar conmigo amaneceress
corre hacia mí en arribada locura
antes de que el sol amanezca para ir sorbiendo
de tu cuerpo y de tus poros las sales
y que éstas me embriaguen de la sed
que rezuma tu piel y con ella perezca.*

*Ven a este ritmo embriagado de noches removidas
y traspásame que quiero preguntarte
dónde estuviste. Ven, regresa a mis sábanas
para recordar aquellas olvidadas noches de
calentura y dime dónde has estado dormida.
Me ahoga tanto silencio y este vacío
momento fiel del alba cuna de tus besos
que llevo uno a uno para que fragüen
en caliente tantas horas de tardanza.*

*Como fuego encendido entre un tedio
inoportuno te esperaré después de cada noche
dejando que el sol haya dormido su momento
y esté en el punto de despertarse.*



Foto de grupo.

Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».

EL FRÁGIL PELDAÑO

DORI DEL MAZO

Candil encendido que abraza el recuerdo,

*llamaste a mi puerta,
bebiste en mi cuenco,
y se amaron dos seres
que unió el firmamento.*

*Del frágil peldaño que acaricia el tiempo,
crujieron las tablas de los sentimientos.*

Solté sus cadenas y vi volar mis sueños.

*Ante mis ojos perplejos
vi la angustia tomar forma,
semejante a un sol sin vida,
dejando a oscuras las sombras.*

*Se hizo dueña de mi espacio,
no fue invitada y me estorba.
Se ha acomodado en mi vida
tornándola triste y rota.*

¿Por qué amanece tras mi ventana
si ante mi puerta no existe nada?
*Si acaso escucho la voz callada
llorar por dentro, triste, cansada.*

Horas de insomnio, fuego en las venas,
llanto en el alma, tanta la pena.
*Roto el hechizo que el duende lleva,
se abrió el abismo y cambió la escena.*

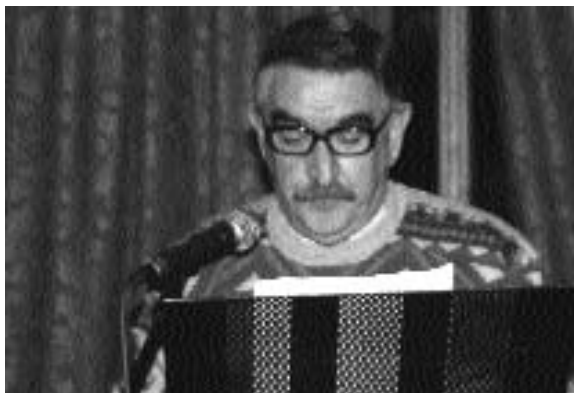
Amargo Sueño

En un amargo sueño creí tu amor perdido,
y al despertar el día sentí tu cuerpo tibio.

**Confusa, desolada, lloré a un amor herido,
y en tu cálido cuerpo de ausencia revestido; clavé mis fríos ojos,
arañé tus latidos.**

**Pero tu aliento de pronto acarició mi oído,
y sin pronunciar palabra oí el sonido.**

**Eterno, inalterable, mi amor te brindo.
Y al mirarme en tus ojos
verde cristalino, ví en tu corazón tierno
mi retrato prendido.**



*José Luis Guillerna, colaborador habitual de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».*

PUEDE

BLANCA URIARTE

En tu mundo limpio y de pan
blanco y blando, puede.

Puede que veas normal dejar abiertos
los grifos, tirar sobras a la basura,
reclamar cada día un plato diferente
y exquisito, una copa de buen vino,
un restaurante elegante; ropa cara,
de diseño; mujeres a la carta.

En tu mundo limpio y de pan
blanco y blando, puede.

Puede que veas normales
los excesos y derroches. **Puede.**

En el mío se recogen las gotas de agua
y las migas. **No** hay puede
para llevarse a la boca, sólo lágrimas.

LA VERDAD

FÁTIMA FERNÁNDEZ

Es un jardín secreto de pájaros

con trompas de elefantes.

*Es una estatua de tierra cocida
en lo alto de un monte.*

*Es la rueda que los poetas
fingen oír
-con el hilo entre los dedos-.*

*Es la conciencia no examinada.
Lo nuevo y el porvenir.*



Ángel de Lucas Vega, colaborador habitual de «La Botica».
Bar Orient Express, 11-12-2010. Décimo aniversario de «La Botica, revista literaria».

SIEMPRE

ITXASO CORRALES

(2/5/2006 Urgencias)

«**S**iempre», bonita palabra. ¿Qué significa? Algo así

como durante toda la vida, ¿no?

Porque no marca un determinado momento, a no ser que preceda a otras palabras como: siempre que quiera, siempre que puedas, siempre que...

Entonces me pregunto ¿Por qué la ponemos con tanta ligereza en nuestra boca, cuando en muchas ocasiones no sabemos si será verdad?

Siempre podrás contar conmigo, siempre te querré, siempre te seré fiel, siempre estaré a tu lado, siempre seremos amigos... siempre, siempre, siempre...

Supongo que lo hacemos porque en ese determinado momento en el que nos comprometemos o confirmamos una realidad para toda la vida, creemos que es tan cierto como que lo estamos diciendo en ese momento.

Pero... realmente lo que me preocupa de esta realidad que ocurre tan a menudo es que ese SIEMPRE termina convirtiéndose en «HASTA HOY», pues en el momento en el que te dejo colgado, te dejo de querer, me alejo de ti, se rompe nuestra amistad... la palabra pierde todo su significado, su fuerza y credibilidad, de la misma manera que la pierde quién la rompe.

Y *o te hablaba de amor*

*al pie de la montaña,
y besaba tus manos,
y tus ojos, y tus labios
en cada recoveco del sendero,
en cada piedra,
en cada arbusto erguido
frente a la ardiente furia
del desierto,
y ya en la cumbre,
bajo las cómplices miradas
del rojo Sol poniente
y de la blanca Luna
naciente en las distantes lejanías,
jurábamos ser tuyo para siempre
y tú por siempre mía.*

*Desde mi soledad
yo te recuerdo
y elevo hasta el Supremo mi oración
por ti, por mí y
por el eterno amor
que interrumpieron,
impías y falaces,
las bombas de los B-52.*

CAMBIO LOS DIAMANTES POR SUEÑOS Y LAS ROSAS POR BESOS

BLANCA RÍOS

***E**n tus ojos yo me vi en un sueño*

*y en ese sueño aprendí a soñar
quise hacer realidad el sueño
y como todos los sueños, en la realidad se rompió
con cada trocito de sueño yo volví a soñar...*

Sensación de soñar, y de bailar a la luz de las velas, en una habitación de hotel

*a media luz, tú me prometes querer siempre
yo me aprieto contra tu cuerpo, quiero sentir cada latido de tu
corazón, quiero fundirme en tus brazos
entre todos te elegí a ti.*

*Y mientras escuchamos, dos extraños en la noche, bailando en
nuestra habitación de hotel, con las velas perfumando el aire, decido
que me gusta soñar.*

*Te beso despacio y suavemente.
Quiero respirar tu aliento
quiero beberme esos instantes, de amor sin renuncias
y quiero sentir tus manos recorrer mi piel desnuda
y quiero verme reflejada en tus ojos
sin ser hermosa, verme en ellos hermosa.*

*Suavemente y sin prisas, y tomándome el tiempo para besarte, te
digo te quiero.*

*Y entre todos te elegí a ti... para hacer realidad mis sueños
y cambio los diamantes por sueños y las rosas por besos.*

Gritos del Silencio

Los gritos del silencio duelen más, por que no salen a romperse
con el aire.

*Se quedan fijos y con su sonido quedo y apagado desgarran tus
ilusiones más íntimas, más calladas, más silenciosas y más ocul-
tas, por miedo a perderse en el viento...*

*Siento frío y busco una mirada cálida, una caricia tibia, o una pala-
bra que reconforte mis sentimientos.*

*Veo a la gente caminar, sobre la nieve de mi ciudad, aparentemen-
te, sin preocupaciones, dando la sensación de que tienen un lugar
fijo, a donde ir...*

*Y yo desde este lugar cómodo donde estoy sentada, observo sus
movimientos y pienso, que no sé muy bien donde quiero ir yo.*

*¿Qué hay detrás de la esquina del final de la calle?
Quizás mi destino, un destino que intento controlar y dominar...
Y quizás sea tan fácil, como salir a andar, hasta doblar esa esqui-
na, y no pensar, no controlar y dejarse llevar por el destino, que
quizás y sólo quizás, nos espere al doblar la esquina.*

POSTALA

NEREA GALLASTEGI

Etxea hutsik eta isilik dago. Asteak daramatza horrela, nabari da lurrean eta altzarietan pilatutako hauts geruzari erreparatuta.

Ama joan zitzaigunetik ez naiz gurasoen etxera sartzen ausartu, eta badira asteak amak ospitaleko maindire eta horma zurien artetik begirada huts hura zuzendu eta nire izena azkeneko aldiz esan zuela.

Hautsez beteta egon arren dena txukun eta garbi ageri da. Ama ez zen sekula narrasa izan, ezta gaixotasunak nor zen ere ahantziarazi zionean.

Egongelako besaulkian eseri naiz eta poltsatik atera ditut postontzitik jaso berri ditudan paperak: propaganda, faktura bat edo beste eta hara! postal bat.

Argazkian zelai berde zabal bat ikus daiteke han-hemenka etxe txiki politez zipriztinduta. Paisaia ezaguna egiten zait oso.

Postalari buelta eman eta neure idazkera ezagutu dut berehala.

Duela hainbat urte Irlandan izan nintzen ingelesa ikasten. Postalean primeran pasatzen ari nintzela idatzi nien gurasoei eta pila bat ikasten ari nintzela. Benetan, ordea, herriminak jota nengoen eta eskolan ez nuen tutik ere ulertzen, baina gurasoek dirutza handia gastatu zuten ni hara bidaltzeko eta haiek poztearren idatzi nuen dena ondo zihoala.

Postalaren zigilu-markari erreparatu diot une batez. Duela hiru asteko data du, ama hil zen egun berekoa.

AUTORRETRATO

JUANA CARMEN GÓMEZ

ME GUSTA **J**UGAR CON LAS PALABRAS

Y **S**U EÑO CON COSAS IMPOSIBLES.
A DORO A LOS NIÑOS Y EL AGUA
Y BUSCO E **N** LAS ETÉREAS NUBES
FIGUR **A** S ELEGANTES Y EXTRAÑAS.

C AMINO SIN SABER ADÓNDE
SIN UNA ÍTAC **A** NI UNA PENÉLOPE.
MARCAN MI **R** UMBO OTRAS MANOS
M IENTRAS YO ME DEJO LLEVAR
E NCADENADA A MI NAVE
ANTE LA **I** N MENSIDAD DEL MAR.

MI **G** ATO ACOMPAÑA MI SOLEDAD.
O LORES DE ROSA Y ALBAHACA
M E TRANSPORTAN A PATIOS SECRETOS,
DONDE **E** L MUNDO SE DETIENE EN UN BESO
Y EL JA **Z** MÍN DESHOJADO, BLANQUEA MI PELO.

Aquella mañana se levantó como cualquier día. Apagó el

despertador cinco minutos antes de que sonara, besó a su mujer, que se retorció somnolienta bajo sus labios y se dispuso a preparar el desayuno. Pronto se levantaría también el niño, así que dejó todo listo sobre la mesa de la cocina, se lavó, se cambió y salió de su casa para trabajar, exactamente igual que cualquier otro día.

De camino a la oficina sonrió a la vendedora del periódico mientras le abonaba un poco más de la cantidad debida sin esperar el cambio, sonrió al conductor del autobús mientras le ofrecía un caramelo para la tos, ya que padecía bronquitis crónica y al llegar a la oficina sonrió a la recepcionista mientras le dejaba sobre la mesa la revista del corazón que había comprado para ella en el quiosco. Exactamente igual que todos los días.

Sin embargo, mientras sonreía cuando le felicitaban a su jefe por un proyecto diseñado por él mismo y éste no le dirigió ni una sola palabra ni aún acabada la reunión, cuando una compañera agradeció a otra el regalo por su cumpleaños que había dejado sobre la mesa de su ordenador y que él mismo había comprado con gran cuidado y devoción la tarde del día anterior, sospechó que había algo diferente en aquel día que hasta entonces había sido igual que todos los demás.

Nadie se dio cuenta de que había hecho café para todos; nadie de que incluso lo había preparado al gusto exacto de cada uno de ellos. Nadie se preguntó quién mantenía las plantas tan lozanas y saludables ni tampoco se dio cuenta nadie, y menos aún la limpiadora, de que alguien había recogido los restos de una papelería volcada que invadía con su porquería el suelo desde primera hora de la mañana. Parecía que de repente todo el mundo se había vuelto un desagradecido o habían decidido ignorarle.

Pensando en la ingratitud, abandonó la oficina el último de todos, apagó todas las luces y ordenadores que, con las prisas, algunos compañeros habían olvidado apagar. Al salir ayudó a reponerse a un transeúnte que había resbalado frente a él a pesar de que este apenas reparó en su auxilio y continuó impertérrito su camino. Cuando tomó el autobús de vuelta a casa el conductor se encontraba bajo uno de sus frecuentes ataques de tos, pero ni siquiera miró el caramelo que le volvió a dejar sobre el mostrador.

Al llegar a casa besó de nuevo a su mujer, que le respondió con cierto atisbo de indiferencia. Ayudó a su hijo a escribir la redacción para lengua y a hacer sus deberes de matemáticas. Luego se dispuso a preparar la cena para toda la familia, a cada cual el plato que más le gustaba. Esperando tras el banquete que su familia se reuniera a su alrededor agradecida y le preguntara cómo le había ido el día, su rostro se tiñó de decepción al ver que todos huían sin mediar palabra a sus distintas habitaciones.

Antes de irse a acostar besó y arropó a su hijo. Luego se dirigió hacia su propia cama para conversar con su mujer y exponerle sus preocupaciones. Quería decirle que se sentía ignorado, que, como todos los días, no había hecho sino contentar a todos pero que nadie le había dirigido una sola palabra de agradecimiento. Pero, mientras le contaba todos estos sentimientos a su mujer, descubrió que hacía tiempo que se había dormido y que roncaba ligeramente, como solía hacer cuando entraba en un sueño profundo.

Algo enfadado decidió que el día siguiente sería distinto. Empezaría su venganza contra el mundo. Por ello cuando se levantó no despertó a su mujer con el beso acostumbrado y apagó el despertador cinco minutos antes de que sonara. Tampoco dejó el desayuno preparado para su familia ni dejó propina para la vendedora del periódico. Se metió el caramelo de menta en la boca justo antes de entrar al autobús y ni siquiera miró a la recepcionista cuando llegó a la oficina. Una vez allí se relajó y pasó sus horas de trabajo jugando al ajedrez contra el ordenador en vez de realizar su tarea. Tampoco se acordó de regalarle nada a un compañero suyo, algo tímido, que acababa de superar una apendicitis.

No hizo café, no regó las plantas y tiró el contenido de la papelería que había recogido con tanto cuidado el día anterior. Tampoco apagó las luces al salir y dejó todos los ordenadores encendidos. Al salir tropezó con un viandante que cayó violentamente al suelo. Ni le miró ni pidió perdón, a pesar de que el hombre gritó auxilio desde el suelo lamentándose de un fuerte dolor en el tobillo. En el autobús de vuelta a casa pensaba de nuevo en la ingratitud cuando se dio cuenta de que el conductor no era el mismo de esta mañana y el mismo de todos los días. Al llegar a casa se negó a hacer la cena y a ayudar a su hijo con la tarea. Y cuando se acostó no se preocupó de despedirse de su familia. Simplemente apoyó la cabeza en la almohada dando la espalda a su mujer y se durmió. Estaba convencido de que había sido un gran día. Había dejado de preocuparse por las personas que nunca se habían preocupado por él y ahora mismo se sentía mucho mejor que otras veces. Era probable que al día siguiente tampoco hiciera nada por nadie. Acababa de descubrir el egoísmo y era un sentimiento que realmente le encantaba.

Al día siguiente se levantó cinco minutos antes de que sonara el despertador, pero su mujer ya estaba despierta. De hecho y según le confesó a su marido no había podido dormir en toda la noche. El día anterior la habían despedido por llegar tarde cuando les visitaba el inspector. La empresa había recibido una valoración negativa y el jefe había decidido prescindir de sus servicios. Como se había despertado tarde y el desayuno ni siquiera estaba servido su hijo no había llegado a tiempo al examen final de matemáticas, cuya nota fue suspenso. Además no había entregado la redacción de lengua completa por lo que debía repetir curso.

Después de lavarse y cambiarse salió a la calle a comprar el periódico, pero no encontró a la quiosquera habitual. Al preguntar al nuevo vendedor qué había ocurrido con ella le respondió que había sufrido un trágico accidente y que se encontraba en coma. Al parecer ese día no le había llegado el dinero para coger el taxi habitual para ir a ver a su hija y en su lugar había tomado el autobús. Lamentablemente el conductor había sufrido un ataque de tos y

había dado un volantazo involuntario causando un grave accidente. Cuando llegó a la parada ya no se sorprendió al ver que el conductor no era el mismo de todos los días.

En la oficina la chica de la recepción no le dio los buenos días y tampoco le comunicó que el día anterior había recibido una llamada urgente de su mujer ni tampoco que esa llamada se había repetido justo antes de aparecer él por la oficina. También se encontró con la planta del edificio en la que trabajaba completamente incinerada. Una secretaria le comunicó que se había producido un cortocircuito por un ordenador mal apagado. Al llegar al cubículo donde le habían realojado para trabajar descubrió al jefe esperándole. Habían perdido a varios de los más importantes clientes de la compañía. Faltaba su trabajo del día anterior, parte de los proyectos que llevaban a cabo se habían quemado en el incendio del día anterior y para colmo una secretaria había tropezado con una papelera volcada y había destrozado la maqueta del proyecto que se iba a mostrar ese mismo día a uno de los clientes. El jefe no podía garantizarle la continuidad de la empresa ni de su puesto de trabajo.

También se percató de que el compañero que había padecido apendicitis no había ido a la oficina. A media mañana llegó la noticia de que había sido encontrado muerto en su casa, tras haber ingerido una gran cantidad de tranquilizantes. Así pudieron enterarse de que en realidad no había sufrido apendicitis, sino otro intento de suicidio del que había logrado recuperarse en el hospital. Además la ausencia de café del día anterior había generado una gran tensión en la oficina que había contribuido a menospreciar al recién recuperado y que había hecho que varios trabajadores no se hablaran entre sí. Miró a su alrededor en busca de algo que pudiera alejarle del sentimiento de culpabilidad que comenzaba a sentir y en su lugar sólo encontró cadáveres de plantas.

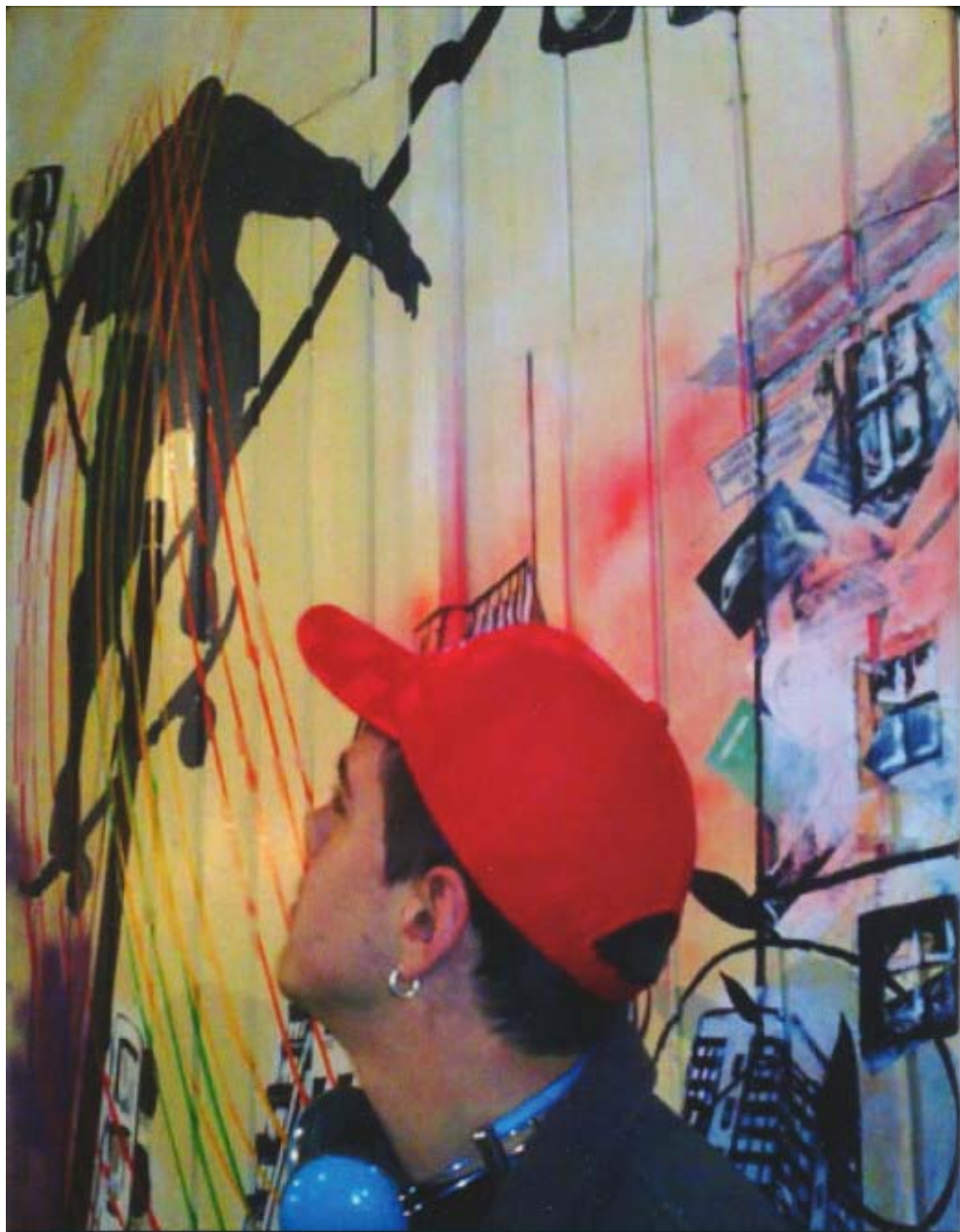
Al salir de la oficina y llegar a su casa se encontró con la demanda de un transeúnte que le había denunciado por agresión y con que su familia no se encontraba allí como era habitual. Al ir a preparar la cena encontró una nota en la cocina. Su mujer y su hijo estaban en el hospital. La comida a domicilio que habían pedido

como cena del día anterior había causado una fuerte reacción alérgica a su hijo. Cuando llegó a la sala de urgencias su mujer le esperaba llorando, preguntándole por qué había ignorado deliberadamente sus llamadas, diciéndole que ya no era el mismo de siempre, que había dejado de preocuparse por su familia, que había cambiado. Le pedía el divorcio.

Aquella mañana se levantó como cualquier día. Apagó el despertador cinco minutos antes de que sonara, besó a su mujer, que se retorció somnolienta bajo sus labios y se dispuso a preparar el desayuno. Pronto se levantaría también el niño, así que dejó todo listo sobre la mesa de la cocina, se lavó, se cambió y salió de su casa para trabajar, exactamente igual que cualquier día.

Y a diferencia de cualquier día de los que había vivido con anterioridad nadie se percató de su presencia. Y a pesar de que cumplía religiosamente con sus quehaceres y con los quehaceres de los demás, y a pesar de que se esforzaba por complacer a todo el mundo y no reservarse nada para sí parecía que a ojos de los demás había dejado de existir.

Con el tiempo su mujer lo reemplazó por otro hombre, pese a que seguían viviendo bajo el mismo techo. Su hijo comenzó a llamar papá a otro señor, en la oficina su puesto había sido ocupado por un nuevo trabajador y a pesar de que seguía haciendo lo mismo todos los días y que gracias a él se sostenía el equilibrio del mundo nadie volvió a recordarle ni a darse cuenta de su existencia. Era un precio alto a pagar, pero no se atrevía de nuevo a desobedecer la exigencia de lo que había de ser, y aunque su obligación pesaba tanto y era tan desagradecida su labor, no le quedaba más remedio que sostener el orden. ¿Quién sino él habría garantizado la armonía? ¿Quién sino un hombre solitario olvidado por todos, hecho sombra, fantasma, recuerdo? Probablemente algún día alguien le sustituiría en tan penosa labor, y probablemente no había sido el único en llevarla a cabo, pero hasta que le llegara el momento del eterno descanso tenía que hacer un pequeño esfuerzo más, siempre un poquito más, para que el mundo no dejara nunca de ser mundo.



Ayuntamiento
de Vitoria-Gasteiz
Vitoria-Gasteizko
Udala

ARABAÁLAVA

Federación Un mundo de Rúa



Arabako Foru Aldundia
Diputación Foral de Álava

www.alava.net